

MÉDICOS ESCRITORES Y ESCRITORES MÉDICOS, UN LIBRO IMPULSADO POR UN ALIENTO HUMANÍSTICO¹

Por ROGELIO REYES CANO

Es para mí un honor presentar este libro de dos amigos que tienen en común una nota muy diferenciada. Los dos son médicos – y hablo en presente porque para mí Ismael Yebra sigue alentando en espíritu la vida que vivimos y Paco Gallardo cuida gozosamente el inmenso legado humano y literario que Ismael nos ha dejado. Y los dos han cultivado y cultivan el mundo de las letras como testimonio de su radical humanismo. Medicina y humanismo, he aquí la clave que explica la razón y el sentido de una obra escrita no sólo a dos manos –aunque cada uno sus textos diferenciados– sino a dos impulsos espirituales compartidos. Recordando el lema de los hermanos Álvarez Quintero, cabría afirmar que un mismo viento impulsa las dos velas, y que era tal la sintonía emocional

1. Estas palabras fueron primero pronunciadas en la Fundación Cajasol de Sevilla en el acto de presentación del libro *Letras de médicos. Médicos escritores y escritores médicos* (Sevilla, Algaida Editores, 2023), del que son autores Francisco Gallardo e Ismael Yebra. Después, y a petición del sr. director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, volvieron a ser leídas por mí como disertación en la citada Academia, dado que el segundo de los autores, don Ismael Yebra Sotillo, ya desaparecido cuando vio le luz este libro, había sido miembro de número y director de esta corporación. Mi familiaridad con ambos autores, explican algunas licencias de oralidad que he considerado pertinente mantener en el texto como muestra del afecto que he sentido y siento por ellos.

Minervae Baeticae. *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 2ª época, 52, 2024, pp. 281–284.

que unía a sus dos autores que el libro es el testimonio vivo de una gran alianza de dos espíritus que vivieron intensamente en armonía.

Decía Gregorio Marañón, otro de los muchos médicos letraheridos, que había dos formas diferentes de humanismo, un humanismo de cultura y un humanismo de vida. El primero se adquiriría en los libros, era aquel que mostraron, en el umbral del Renacimiento, los apasionados lectores de las obras de la Antigüedad clásica, los llamados saberes del hombre libre. Y también un humanismo de vida, más de conducta que de aprendizaje libresco.

Este último humanismo es el que procede no tanto del intelecto cultivado cuanto del comportamiento social, de la relación con los otros, una forma solidaria de vivir la vida y de sintonizar con el prójimo. Como dijo Sir Arthur Conan Doyle, el inventor de Sherlock Holmes, “a los médicos y a los cirujanos se les hace cargo del lado oscuro de la vida”. Pero añadía: “También les es dado ver cosas hermosas como la entereza de carácter o el heroísmo, el sacrificio o el amor”. Constataba así las dos caras de un ejercicio profesional cuya nota de gravedad y de angustia es compensada por la corriente de humanidad que tantas veces circula entre el médico y el paciente, entre el sufrimiento de uno y la acogida cálida y curativa de otro. Hay, además, otro nexo de unión entre el médico y el escritor, y ese nexo no es otro que la palabra. Si en el escritor la palabra es creación, una forma de develar el mundo, en el médico la palabra es comunicación, porque si el diagnóstico es el primer paso para la curación del cuerpo, la palabra dirigida al enfermo tiene también propiedades curativas que atañen al alma. Si en el principio era la palabra, la palabra conlleva toda la energía de que es capaz el hombre, y con ella la facultad de sanar el espíritu cuando las técnicas de curación han desistido ya de su eficiencia.

No se me había ocurrido, sin embargo lo que escribe Paco Gallardo en el epílogo de este libro. A saber: que “toda historia clínica de paciente es un relato”. Confieso, querido Paco, que esa afirmación tuya me ha dado que pensar. Y, en efecto, la historia es narración, es crónica. Opera en la diacronía. Y la diacronía es tiempo. Y para un médico trazar la historia de un enfermo es, como quería Machado, “palabra en el tiempo”, el seguimiento atento de una vida.

La práctica de la Medicina, como la del sacerdocio y la del magisterio, propician justamente esa conexión solidaria con los demás que hace humanamente más grande cualquier actividad profesional. De forma que si el saber aprendido proporciona el bagaje técnico indispensable para ejercer, el otro saber humano, el que afecta a la conducta, engrandece notablemente la dignidad de aquel que lo practica. Y sería imposible entender el libro que hoy presentamos sin subrayar que tanto en la persona de Ismael Yebra como en la de Paco Gallardo coexisten esas dos formas de humanismo: la del saber y la del hacer. Y es esa íntima, profunda fusión como norma de vida la que explica que ambos se hayan interesado por aquellos médicos escritores y escritores médicos más conocidos de Occidente. Entiendo que lo han hecho motivados por una razón más honda que la mera curiosidad intelectual, por la sintonía que a ellos mismos —escritores además de médicos— los enlaza con esa rica nómina de personajes que se han debatido entre su profesión médica y su pasión por la escritura.

Desde Sir Arthurt Conan Doyle a Rita Levi Montalcini, desde Anton Chejov a Pío Baroja, Marañón y Luis Martín Santos, desde Rogelio Buendía a Somerset Maughan... por el libro discurren las semblanzas de aquellos médicos de la modernidad cuyas obras literarias forman parte del volumen de lecturas de la persona culta de nuestro tiempo. Semblanzas que van mucho más allá de las simples biografías para extenderse en una indagación de las claves que explican esa a veces atormentada interrelación entre lo profesional y lo vocacional, entre la medicina y la pasión literaria. Y ello con un estilo ensayístico suelto y ameno, muy fácil de leer, pero siempre riguroso y bien documentado; un texto claro, distendido, y al tiempo producto de una investigación científicamente impecable. Hay un fondo de lecturas muy bien asimilado por nuestros dos autores expuesto, eso sí, sin sobrecarga ni alardes eruditos, con una llaneza que el lector agradece y disfruta. Desde el punto de vista del estilo, la obra es el resultado de un sabio equilibrio entre la información sobre la labor literaria de los distintos personajes y esa otra intrahistoria personal de cada uno de ellos con una carga anecdótica que da sabor y amenidad a las diferentes semblanzas. Ismael y Paco indagan en su psicología, en sus rasgos de carácter, en los avatares de sus vidas, en los seres con los que convivieron.

Por ello sabemos, por ejemplo, que Anton Chéjov había muerto con una copa de champagne en la mano en un hotel de la Selva Negra, o que Pío Baroja, un escéptico integral, dejó de ejercer la medicina para regentar una panadería madrileña en la que se vendía el entonces famoso pan de Viena, o que Marañón, instado a diagnosticar la enfermedad de los habitantes de las Hurdes, escribió taxativo, sin más circunloquios ni requilorios: “hambre”.

Una pregunta aletea sobre todas las páginas de este libro. Una pregunta que nuestros dos autores no se atreven a contestar hasta el epílogo. Una pregunta que yo me he hecho una y otra vez y que ustedes se harán de inmediato en cuanto se pongan a leer sus páginas. A saber: ¿médicos escritores o escritores médicos? ¿dónde ubicar cada uno de esos dos cometidos? ¿qué pesó más en la persona, su profesionalidad de médico o su entrega a la literatura? Esta distinción es fácil de hacer en algunos de los personajes de este libro. Baroja, por ejemplo, era escritor antes que médico, y ya lo decidió muy pronto cuando, después de unos meses ejerciendo en Cestona y obsesionado por el problema del dolor en el mundo, optó por cerrar su consulta para siempre y dedicarse en exclusiva a escribir novelas. No cabe duda: Don Pío era un escritor que además era médico. El caso contrario es el de Marañón, un médico que además escribía ensayos literarios de gran valor, pero un médico por encima de todo.

Hay otras veces que no es fácil deslindar hasta dónde llega la medicina y hasta dónde la pasión de la escritura. Y esto ni lo sabía Ismael ni lo sabe Paco. Por ello las últimas palabras del libro son una cariñosa apelación que Paco le hace en voz baja: “Y ahora que ya lo sabes todo, dime, querido Ismael, ¿por qué escriben los médicos?”

Estoy seguro de que Ismael, ya en la plenitud de la Sabiduría con mayúscula, habrá sonreído al escuchar la pregunta cuya respuesta a nosotros se nos oculta pero que a él ha debido de revelársele limpia y clara. En nombre de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras que hoy represento celebro que la voz de Ismael, siempre tan cálida, siempre tan auténtica, siga sonando en nuestros oídos y en nuestros corazones a través de las páginas de este libro gozosamente compartida con la de Paco Gallardo, auténtico albacea espiritual y literario de su amigo del alma.